

Filosofía

De Corte, M. *Descartes, philosophe de la modernité* (préface d'Arnaud Jaÿr). Paris: L'Homme Nouveau, coll. Hora Decima, 2022. 226 pp.

La editorial francesa Hora Decima lanza, bajo la dirección del académico Adrien Peneranda, una colección dedicada al filósofo católico tomista Marcel De Corte. El primer volumen, titulado *Descartes, philosophe de la modernité*, ofrece una serie de estudios del filósofo sobre la obra de Descartes. Estos estudios, precisa el editor, eran “hasta ahora de difícil acceso, porque habían sido publicados en diversas revistas que ahora están descatalogadas, o impartidos en congresos científicos. Por lo tanto, finalmente se reúnen en esta obra inédita, destinada al público en general”.

El filósofo belga Marcel De Corte (1905–1994) perteneció a la generación de los grandes filósofos del renacimiento tomista (Maritain, Gilson, etc.). Fue profesor titular de la cátedra de filosofía moral e historia de la filosofía Antigua y Medieval en la Universidad de Lieja, donde enseñó durante cuarenta años. Fue sobre todo una figura central de la escuela aristotélica del siglo XX. Su tesis sobre la doctrina de la inteligencia en Aristóteles (*La doctrine de l'intelligence chez Aristote, essai d'exégèse*, Paris, Vrin, 1934) fue su primera obra importante prologada por Etienne Gilson. La bibliografía de Marcel De Corte incluye más de veinte libros, incluido el esencial *L'intelligence en péril de mort* (1969), pero también es autor de cientos de artículos.

De Corte no compuso una obra sistemática sobre el pensamiento de Descartes. Para el autor, Descartes es, sin lugar a dudas, “el” filósofo de la modernidad, sin embargo, no es un cumplido en la mente del autor: “Si hay un espectáculo trágico que se impone indiscutiblemente a la observación, es el del hombre de hoy, roto, dislocado, presa de una parálisis agitante cuyo pánico e inercia son los signos inequívocos de su profundo desgaste, es el de un mundo roto, agitado por un desorden indescriptible, donde chocan individuos, clases, razas, naciones, en un caos común, es el de una humanidad que en vano y desesperadamente trata de reconstituir su unidad a través de una serie de experimentos ideológicos cuyo resultado más claro es la intensificación del odio y la dispersión”. Para De Corte, es el pensamiento cartesiano el que ha sumido al mundo en la disociación descrita. El *homo rationalis* ajustará, según la famosa sentencia de Descartes, el mundo al nivel de la razón. El resultado es la transformación radical de la imagen del mundo resultante del dualismo entre espíritu y vida. Debido a que el hombre ya no tiene sentido de lo concreto y de la encarnación de las ideas en la materia, huellas indelebles del Creador, el mundo está separado de toda presencia concreta y personal de trascendencia: la religión se vuelve deísmo, es decir, ateísmo.

La razón separada de la vida es una “razón formal y lógica, llena de abstracciones, esquemas, planos, bocetos, diagramas, cálculos y estadísticas”, dando al “mundo del racionalismo moderno” la apariencia de “una inmensa obra en construcción donde reina en todos los dominios el especialista, el técnico, que trata a los hombres y a las cosas desde arriba, *a priori*, desde el fondo de su laboratorio o de su oficina, como un material plástico e indefinidamente transformable” (p. 220). Según Marcel de Corte, el origen de este drástico agotamiento de la vida

BIBLIOGRAFÍA

espiritual e intelectual encuentra su origen paradójico en Descartes, siendo el cartesianismo a sus ojos solo “la racionalización de un irracional” (p. 221), un irracional que el pensador identifica gracias a un sueño ocurrido el 10 de noviembre de 1619, que pareció marcar a Descartes hasta sus últimos años.

Frente a una modernidad que “ya no busca la finalidad de las cosas sino su eficacia”, la conclusión de De Corte es la urgente necesidad de reconstruir todo lo socavado por el racionalismo y sus devastadoras consecuencias. Y, como resalta en el prólogo Arnaud Jaÿr, nos sitúa en el camino de un retorno al orden, que pasa por una sanación de la inteligencia. Para ello, como nos invita De Corte, es necesario redescubrir la cultura clásica y cristiana. Esto le da al hombre un correcto conocimiento de sí mismo y su comunicación directa con la realidad. Porque la restauración del orden humano exige la primacía del pensamiento sobre la acción, el principio de toda civilización exitosa. Reaccionaria reflexión que se dirige contra un tiempo que ha decidido cortar amarras con la eternidad. [F.J. García Lozano]

Pigem, J. *Técnica y totalitarismo. Digitalización, deshumanización y los anillos del poder global*. Barcelona: Fragmenta Editorial, 2023. 186 pp.

La obra se presenta en la portada como la segunda entrega de la trilogía iniciada con *Pandemia y posverdad* (Fragmenta Editorial, 2021), un volumen que ha alcanzado ya la cuarta edición.

Dos términos destacamos en el título escogido por el autor: *totalitarismo* y *anillos del poder global*. El primero remite al estudio de Hannah Arendt *Los orígenes del totalitarismo*; el segundo a la conocidísima novela de Tolkien *El señor de los anillos*. El análisis que hace Arendt del totalitarismo en la primera mitad del siglo XX en Europa le sirve al autor para identificar el funcionamiento de este sistema, que en su esencia buscaba la atomización y la masificación de la sociedad como el mejor camino para que fuese dominada desde el poder político. Este mecanismo, desprovisto de la dureza de las armas y dotado de un rostro más sutil, es el mismo que actúa en el proceso de digitalización a que está sometido nuestro mundo, ese proceso de enorme trascendencia histórica que estamos viviendo desde hace tres décadas. De la conocidísima novela de Tolkien *El señor de los anillos* toma Pigem aquel anillo que permitía a quien lo utilizaba invisibilizarse, lo que le daba la posibilidad de conseguir cuanto deseaba. Es la imagen que usa para aplicarla a las grandes empresas globales que favorecen y financian los avances de la digitalización para conseguir resultados económicos suculentos (tecnocapitalismo).

Todavía otra palabra queremos destacar del título de este ensayo: *deshumanización*. Es la crítica fundamental, no la única, que Jordi Pigem dirige a la digitalización. Deshumanizar significa negar el carácter único e irrepetible de todo ser humano reduciéndolo a un conjunto de datos que pueden ser analizados desde la frialdad de un algoritmo. Ya la psicología conductista (Skinner por ejemplo) pretendió reducir el comportamiento humano a un conjunto de reacciones predecibles e incluso manipulables. Más recientemente Harari (con su *Homo Deus*) es un representante más actualizado de esta tendencia: para el autor judío no hay nada en el ser humano que no pueda reducirse a biología, a computación y a datos; la libertad humana no es más que una ficción, porque el individuo libre es simplemente “un relato ficticio urdido por una asamblea de algoritmos biológicos”.

A medida que se va extendiendo la idea de que la conciencia y la experiencia no son más que bioquímica se refuerza la convicción de que las máquinas podrán llegar un día a pensar. Pigem cuestiona el término mismo de inteligencia artificial, porque la verdadera inteligencia no es cálculo: el cálculo es simple aplicación de reglas mecánicas, mientras que la inteligencia implica comprensión, experiencia, conciencia.

Este es el fondo de la crítica de Jordi Pigem a la digitalización del mundo. Pero sus reflexiones analizan otros aspectos de la presencia masiva de las máquinas informáticas en nuestra vida. El tratamiento de los datos supone previamente el acceso a ellos. Y esto es lo que hacen continuamente los aparatos que manejamos, cuando graban sistemáticamente todos los datos relativos al usuario: cuantos más servicios nos prestan, más servicios extraen de nosotros, y ese es el pago que realizamos al disfrutar de esa multitud de servicios que son, en teoría, gratuitos. Los sistemas digitales nos dan la posibilidad de una vida más fácil; en realidad nos vuelven más vulnerables y manipulables. Así se manifiesta en lo que Pigem llama el sesgo en la automatización (nos creemos que lo que nos dice la máquina es más fiable que lo que nos dice nuestra experiencia) o la complacencia por la automatización (que nos lleva a delegar nuestra responsabilidad en la máquina).

Jordi Pigem no pretende, sin embargo, rechazar de modo absoluto la digitalización. Solo nos pone en guardia. Usa la imagen de fuego, que puede ser de gran utilidad, pero puede ser también devastador. En unos tiempos de admiración incontentada hacia los avances tecnológicos no está de más esta llamada de atención, que es al mismo tiempo una invitación a profundizar en la riqueza insondable de la existencia humana de la persona vivida en plenitud. [Ildefonso Camacho, SJ]